

## **DOMINGO QUINTO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Jeremías, 31, 31-34): *Haré una alianza nueva.*

**Salmo** (50, 3-4, 12-13, 14-15, 18-19): *«Oh Dios, crea en mí un corazón puro»*

**2ª lectura** (Hebreos, 5, 7-9): *Aprendió, sufriendo a obedecer.*

**Evangelio** (Juan 12, 20-33): *Llega la hora en que sea glorificado.*

Estamos al final de la Cuaresma, en el domingo que, tradicionalmente, se llamaba “*de Pasión*”. Sin embargo, hoy queda incluido en el tiempo cuaresmal y, por tanto, con un carácter bautismal y de conversión como camino hacia la Pascua, por ello las lecturas de este domingo nos sitúan en un contexto pascual. Jeremías, en la primera lectura nos habla de una nueva Alianza, no como la primera escrita en tablas de piedra, sino como nos dice el profeta: **«Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo»**. Este anuncio de Jeremías se cumplirá en la cruz de Jesucristo que sellará con su sangre esta nueva Alianza.

Por ello, el evangelio nos explica el sentido de la cruz de Cristo en este contexto pascual. Comienza presentando a unos griegos que han venido a la fiesta y, la “fiesta” por excelencia es la Pascua. Son los griegos los que quieren ver a Jesús, por eso esta Pascua no va a estar restringida al pueblo de Israel sino abierta a todos los pueblos. Nos dice el Señor al final del evangelio: **«Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí»**. En la Resurrección Jesús se ha manifestado como resurrección y vida, ahora se nos dice que cuando sea exaltado, levantado en la cruz y levantado en la resurrección atraerá a todos los hombres hacia sí para darles vida.

Esta exaltación de Jesús supondrá la glorificación del Hijo del hombre, Jesús va hacia el Padre a través de la cruz y esto le hace vacilar, siente la misma agonía que en Getsemaní: **«Padre líbrame de esta hora»**, Jesús es, nos decía la carta a los hebreos, el que **«a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte»** pero una vez más resiste a la tentación y pide que se haga la voluntad del Padre. Esta voluntad del Padre va a ser el establecimiento de la nueva Pascua, de la nueva Alianza anunciada por Jeremías, pero esta vez no estará sellada con sangre de animales sino con la sangre de Cristo, el **«Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»**.

Por eso la muerte de Cristo es el camino para llegar a la vida y nos dice que solo a través de la muerte se produce el fruto, la muerte de Cristo es la muerte del grano de trigo que se destruye para dar fruto, si recordamos el evangelio de san Marcos, el Hijo del hombre tiene que morir, tiene que dar su vida en rescate por muchos. Y el fruto que da la muerte de Jesús es la vida eterna. Por eso, nosotros que hemos sido incorporados a este Misterio en el bautismo también tendremos que dar la vida, día a día, por los demás para dar frutos de vida eterna.

**«Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado»**. Los discípulos deben haberse quedado sin palabras: **¿Llega la hora de nuestro desquite? ¿Será ahora cuando los romanos sean expulsados de Israel?** Pero Jesús no habla de rebelión armada ni de lucha, no habla de tronos ni de cetros, habla de un grano de trigo que no se quiere quedar solo. Un grano de trigo que quiere multiplicarse en una espiga llena de fruto. Un grano de trigo que debe morir, pues no hay otro camino para ser fecundo. Esa es la hora que ha llegado.

Ha llegado la hora... Ha llegado la hora de dejar de pensar en grandezas pasajeras, la hora de mirar de frente. Ha llegado la hora de glorificar a Dios con nuestra vida, la hora de avanzar decididos en el ejercicio de nuestra misión. **¡Sí!**; yo quiero ver a Jesús y estoy dispuesto a escucharlo. Pero Jesús quiere que además le siga; que le imite; que me entregue al servicio de mis hermanos, incluso hasta dar la vida.

Pero, no son opciones fáciles. A veces quisiera poder vivir para mí solo sin pensar en los demás; quisiera no tener que pensar que los días se acumulan y pasan; quisiera no ser testigo de la muerte de familiares, amigos y conocidos; quisiera no ser consciente de mi propia mortalidad; quisiera que esa vida eterna fuera algo más tangible ahora, y, cómo no lo es, me aferro a esta que es la única que conozco.

**«A pesar de que era el Hijo, aprendió a obedecer padeciendo...»**. Obedecer es escuchar con atención. Es aceptar que también cada uno de nosotros es otro grano de trigo que tiene que ser sembrado y perder su vida para poder producir fruto. Quien no está dispuesto a entregarse a sí mismo se queda solo. Es la donación de sí mismo lo que asegura la Vida eterna.

Jesús, en la cruz, nos enseña lo que es amar de veras. Ahí aprendemos lo que es ser fiel hasta el final. La exaltación en la cruz es el primer paso de la exaltación a la Vida junto al Padre. Nos queda claro que solo se toma parte en esa Vida cuando se entrega la propia vida.

Nosotros debemos dejarnos atraer hacia el que fue levantado sobre la tierra. Presentarle nuestras mentes y nuestros corazones para que en ellos grabe la nueva alianza: **«que solo Dios es nuestro Dios y nosotros somos su pueblo»**. Para que lo reconozcamos como Padre que perdona nuestras culpas y olvida para siempre nuestros pecados. Ha llegado la hora de glorificar al Padre y avanzar hacia la nueva Pascua.